

Pa(i)sajes culturales (Desde una ventana de la escuela)

ALBERTO AYALA MORANTE¹

Del encuentro entre Naturaleza² –primera naturaleza– y naturaleza humana –segunda naturaleza– podríamos decir que surge el paisaje cultural. Naturaleza primigenia y humana aportan los elementos constitutivos de este: cuerpo, espacio, tiempo y lenguaje. Las leyes de la Naturaleza convergen y contrastan en el paisaje con las leyes que el Ser humano construye socialmente, que son en definitiva producto de maquinación, artificio sobre el que –al igual que sobre lo que la Naturaleza provee– se soporta la vida en colectividad. Empero, más que englobar una idea general, abstracta, el paisaje cultural deviene particular en la medida en que los

¹ Arquitecto, Universidad del Valle; Magíster en Comunicación y Diseño Cultural, Universidad del Valle.

² Según decía Hegel, el antiguo griego se asombraba de lo *natural* de la naturaleza; le prestaba incesantemente oído, interrogaba el sentido de las fuentes, de las montañas, de los bosques, de las tempestades; sin saber lo que todos estos objetos le decían de un modo concreto, advertía en el orden vegetal o cósmico un inmenso *temblor* de sentido, al que dio el nombre de un dios: Pan. Desde entonces a hoy, la naturaleza ha cambiado, se ha convertido en social: todo lo que se ha dado al hombre es *ya* humano, hasta el bosque y el río que cruzamos cuando viajamos. Pero ante *esa naturaleza social que es sencillamente la cultura*, el hombre estructural no es distinto del antiguo griego: también él presta oído a *lo natural de la cultura*, y percibe sin cesar en ella, más que sentidos estables, terminados, «verdaderos», el temblor de una máquina inmensa que es la humanidad procediendo incansablemente a una *creación del sentido*, sin la cual ya no sería humana. (Barthes, 2003) (Las cursivas no están en el texto original).

referentes que enmarcan su contexto son diferentes según sus circunstancias. Es decir, dan cuenta de la diversidad de expresiones que re-crean constantemente el mundo.

Introducción

Aunque retiremos añadidos culturales o lingüísticos, nunca encontraremos, debajo, un lugar puro –y aún menos un Espacio o Tiempo puro–. Lo que encontraremos son calificaciones continuas y cambiantes sobre los lugares particulares: lugares calificados por sus propios contenidos y calificados por las distintas maneras en que estos contenidos son articulados (indicados, descritos, discutidos, narrados, etcétera...) en una cultura determinada.

EDWARD CASEY

Me ha correspondido en el desarrollo del Seminario-taller «Transformaciones y desafíos de la escuela actual»: subjetividades contemporáneas y nuevas ciudadanías, y Derechos Culturales y Paisajes Culturales, referirme a este último aspecto de los paisajes, necesariamente ligado a los demás por cuanto toca un elemento central a nuestra existencia como sujetos: la configuración del espacio, del lugar, tema recurrente en el pensamiento contemporáneo en distintos órdenes, como, por ejemplo: en nuestra relación con el medio ambiente, en las preocupaciones por la construcción de una ciudadanía plena, y en el correspondiente derecho a la ciudad, que no es otra cosa que el derecho al goce de los bienes y logros que la humanidad ha alcanzado, es decir, que económica, política, social, científica y culturalmente ha decantado.

No es poca, pues, la importancia que recae sobre el aspecto espacial, en él podemos observar la confluencia de historia y geografía, matemática y biología, música y filosofía, estética o psicología, solo por mencionar algunas áreas de saber anejas a su conocimiento y, en consecuencia, a su correlativo abordaje en la escuela. Y dado que no es posible desligar el espacio del tiempo, también será necesario referirnos a él, en la medida en que en su transcurrir se operan transformaciones que van cambiando las nociones que sobre uno y otro, así como de nuestro cuerpo y de nosotros tenemos. Máxime en el momento que vivimos en el que la diversidad de enunciaciones y acciones individuales y colectivas opera

extraordinarios cambios en distintas escalas, empezando por el hogar y la familia, la escuela y los territorios que transitamos sean estos físicos o virtuales.

Finalmente, por tratarse de un seminario en el que participan docentes y personas dedicadas a la investigación de estos temas, nos es dada una importante referencia a la educación y, consecuentemente, a su espacio continente por antonomasia: la escuela, por lo que a la vez centraremos la atención en algunos aspectos que tanto a ella como a nosotros conciernen.

Pero no bien hemos empezado y ya nos hemos hecho a varios elementos que, por demás, es importante relacionar, pues de la comprensión de su interdependencia deriva la construcción cabal, integradora, de muchas de nuestras decisiones como sujetos y como responsables de la formación de nuevas generaciones; nos referimos a elementos como: cuerpo, espacio, tiempo, educación, escuela, paisaje, cultura, derechos y ciudadanía, como elementos que al articularse mediante las nociones que podamos tener de cada uno de ellos, y las relaciones que podamos tejer entre los mismos –como parte sustantiva de un territorio sembrado de hechos humanos–, van componiendo un determinado paisaje, cuyo espíritu está motivado por un anhelo de transformación del mundo, en este caso acotado en el mundo de la escuela. Esa en la que se han levantado nuestros conocimientos y aspiraciones, y que como dispositivo fundamental de transformación ha de posibilitar nuevas perspectivas.

Miramos, pues, desde la ventana de una escuela. Desde ella hemos ido construyendo y también disolviendo los paisajes que a la vez van configurando nuestro ‘paisaje interior’, dando sentido a los territorios que nos circundan: desde el íntimo espacio de nuestro cuarto, la casa o la calle, hasta la más lejana serranía, vertiente o playa de las regiones que habitamos quedan cobijados bajo la égida de nuestras intenciones y formas de percibirlos y de ordenarlos.

Así, pues, el paisaje se erige como resultado de nuestra capacidad de dar forma, de estructurar el entorno mediante las herramientas del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad. Por ello la pertinencia de abordar su apreciación y orientar su comprensión en la educación, como modo de hacernos conscientes desde temprana edad de las implicaciones que

tiene para la vida, a la vez que de las retribuciones que le provee, tanto al conocimiento *-logos-* como a la emoción *-ludus-*, a través de las sensaciones *-sensus-* que nos ofrece.

Pero siguiendo el hilo respecto del entorno, el paisaje y la escuela, debemos anotar a propósito de ésta que más que una construcción hecha de un amasijo de mamposterías, es una edificación internalizada en el cuerpo *-incorporada-*, hecha de disciplinas, de técnicas, de saberes: «arquitectura inmaterial» desde cuyos postigos nos es posible mirar, observar, interpretar... A sus ventanas, como en la niñez lo hacíamos para abreviar del afuera, acudimos ahora una y otra vez para conocer y comprender el mundo, para recoger de él lo que nos ofrece de realidad, y con lo recogido *-guijarros, guindas o guirnaldas-* re-crearlo, re-construirlo, ya en acto epistemológico, pragmático o poético.

Fácil ver, entonces, la importancia de acercarnos al paisaje y de preguntarnos por él, no solo desde la ventana de nuestra «escuela» sino mediante el acto de asomarnos a otras ventanas y a otras escuelas; ya que es a partir de sus construcciones, de sus perspectivas y anhelos, sus críticas y sus refutaciones, desde donde podemos apoyarnos y ayudar a otros a crear su mundo. No podemos, pues, abandonar la escuela, ni ella nos abandona, por lo que también es desde lo aprendido y aprehendido en ella, desde donde abocetamos estas líneas. Hecho que, a renglón seguido, pone de presente algunas preguntas:

¿Desde qué ventanas y escuelas observamos para componer nuestros paisajes? —lo que implica la comprensión de unos límites— y ¿qué transformaciones operar en esa mirada y en la perspectiva desde la que observamos y actuamos para proyectar-nos en él? —lo que invita a la ampliación de esos bordes—.

Encarar este ejercicio, más que una apuesta por responder a la complejidad que reviste, presupone esbozar algunas consideraciones para el diálogo, en observancia al hecho de que es en el ejercicio de una interlocución abierta en distintas direcciones como podemos posibilitar la emergencia de algunas luces. Así, pues, con el propósito de abordar el tema nos aproximamos desde varias direcciones que denominaremos Pa(i)sajes, elaborados como pre-texto motivador de diálogo en el contexto del

Seminario-taller, a modo de rápidos pasajes que en su conjunto tratan de articular una idea de paisaje que más que abarcar un concepto o definición, den cuenta de la riqueza de su complejidad.

Pa(i)saje I: Cuerpo

Desengáñese usted: con los paisajes ocurre lo que en las posadas de aldea.

Cuando llega el viajero y pregunta a la posadera: “¿qué hay de comer?”

—la posadera contesta: “Señor, lo que usted traiga”.

Pues esto es el paisaje, lo que cada cual traiga.

CONCEPCIÓN ARENAL

(CITADA POR JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

Podemos aproximarnos al paisaje como a la abstracción –mediada por nuestra percepción– de un entorno que [re]configuramos según nuestra perspectiva, es decir, de acuerdo con el modo como nos ubicamos en él para construir nuestro mundo. Hablamos así de una composición lograda por el hecho material de la situación de nuestro cuerpo en el espacio –al habitar un lugar–, y del inmediato despliegue de esa operación ‘inmaterial’ de nuestra percepción, activada por los sentidos, aquellas facultades que favorecen nuestras relaciones vitales con el mundo y posibilitan a la vez la elaboración de sentidos, significados respecto de él.

Elaboración que se concreta en nuevas formas de relación hechas con diversos medios, proporcionados por el acceso al conocimiento de distintos lenguajes: gráfico, pictórico, escultórico, verbal, escrito, musical o dancístico, por ejemplo, si consideramos las formas artísticas de expresión; pero a la vez con todos aquellos elementos proporcionados por la actividad científica que en conjunto posibilitan la riqueza de las manifestaciones del conocimiento e inciden sobre la forma como percibimos el mundo al re-presentarlo: modos de descubrirlo y a la vez de inventarlo. Pensemos, por ejemplo, en la forma cómo desde la geometría, la física o la corografía nos aproximamos al espacio; y asimismo, cómo acudimos hoy a la filosofía, la sociología o la antropología para darnos una idea de lo que es o significa el lugar. Y en él, el cuerpo en –o como– primer lugar.

Al referirnos a la posición que asumimos en el entorno hemos destacado la expresión: «el modo como nos ubicamos en él», una posición del cuerpo que comporta a la vez una situación dialéctica –de conversación, diríamos–, de sujeto en el, y del, mundo; en una manifiesta e inevitable comunión y convivencia: yo en el mundo como él en mí. Imbricación existencial que en su continuo y cambiante devenir re-ordena a la vez sujeto y mundo, como consecuencia de una interacción e intervención recíprocas en muy distintas formas y a muy distintos niveles; como afirma José Ortega y Gasset (González A., 2012) en el ensayo «La pedagogía del paisaje»:

[...] El paisaje es aquello del mundo que existe realmente para cada individuo, es su realidad, es su vida misma. El resto del universo solo tiene un valor abstracto. [...] No hay un yo sin un paisaje con referencia al cual está viviendo. [...] La patria es el paisaje: el paisaje es nuestro ser mismo. [...] El paisaje es lo que cada cual trae. (72).

Y puesto que el paisaje es producto del Ser humano en contacto con su entorno, es ya arte-facto, hecho cultural –«desprendido» de la naturaleza–, que cobra disímiles sentidos como objeto de contemplación, de interpretación, de preguntas o de proyecciones; de posibilidad dinámica de intercambio y de transformación a través de las relaciones que con él se tejen. En ese sentido, el paisaje existe con el sujeto puesto que es este, mediante la intelección, la sensibilidad y el lenguaje, quien opera esa suerte de «levantamiento» –visual, sonoro, táctil, kinésico, olfativo, gustativo– que bien sirve para la elevación del espíritu en acto contemplativo, íntimo, o para comunicar sus emociones y percepciones respecto a él, en acto expresivo, artístico o proyectivo.

Pa(i)saje II: Tiempo

El interés de tener en cuenta las formas de relación con el medio entorno a través del tiempo radica, en gran parte, en la comprensión del cambio operado por las diversas concepciones sobre lo que hemos dado en llamar «naturaleza» y los modos en que nos relacionamos con ese vasto y diverso universo de seres, especies, formas, colores, estructuras y elementos que lo componen. Baste, a título de ejemplo, recordar el hecho

de que si en la antigüedad el ser humano dependía de esa naturaleza de la que se consideraba parte constitutiva, de la que no se diferenciaba, a la cual temía y de la cual se defendía apelando a la creencia, al mito, a la interpretación mágica o a la fe; más adelante vemos como

[...] El hombre medieval no se confunde con la naturaleza como en las sociedades primitivas, ni se le opone como en las sociedades modernas y contemporáneas, pero mantiene su no-diferenciación del medio natural. Es por ello que llaman [...] “derecho natural” a las reglas jurídicas básicas que regulan su vida social (Ruíz G., 2005).

Siglos después estos aspectos entran en contraste en la era moderna, en la que tales condiciones se transformaron en razón del conocimiento que tenemos del universo, por los avances científicos y tecnológicos, gracias al desarrollo de un pensamiento regido por una racionalidad que se desligaba del mito.

Tal desarrollo ha hecho que sea hoy la naturaleza la que dependa en gran parte del (f)actor humano. Lo que consecuentemente tiene estrecha relación con la mirada restauradora que hoy tenemos sobre el medio ambiente, cada vez en mayor riesgo, que moviliza intereses y acciones que van desde la política –como las del Fondo Mundial para el Medio Ambiente (en inglés Global Environment Facility, GEF)–, hasta la religión, como se constata con la reciente encíclica *«Laudato si»*, promulgada por el papa Francisco, cuyo tema central es el planeta Tierra donde vivimos, defiende la naturaleza y trata, como reza el subtítulo, Sobre el cuidado de la casa común, llamando la atención mediante una «crítica mordaz del consumismo y el desarrollo irresponsable con un alegato en favor de una acción mundial rápida y unificada “para combatir la degradación ambiental y el cambio climático”» (Pamplona, 2015).

Pa(i)saje III: Espacio

En lo referido al lugar, a la región o la ciudad en que habitamos, son igualmente diversas las formas en las que configuramos el entorno; cuestión que depende justamente de las ideas, conocimientos y juicios, entre otras,

que alentemos sobre él, con los consecuentes resultados. Así, por ejemplo, bien podemos abordar la configuración del paisaje desde una perspectiva ornamental, en la que acudimos a la conceptualización estética para recomponer en el entorno urbano una forma de ver y tratar con la naturaleza; como lo observamos, por ejemplo, en el tratamiento de los parques, el agua, la vegetación y el equipamiento de nuestras ciudades para su disfrute.

Al respecto, y a riesgo de sonar anecdótico, desde el punto de vista urbanístico es muy conocida, a la vez que dicente, la diferencia del modo en que en el siglo XVII fueran tratados el «jardín inglés» y el «jardín francés», ambos fundamentados en paradigmas distintos, cargados de razones políticas divergentes, expresadas así en el espacio urbano. Mientras el llamado ‘jardín francés’ respondía a una visión de la naturaleza dominada por la razón, con el resultado de un exacto y extraordinario ordenamiento geométrico impuesto a la vegetación –*v. gr.* los jardines del Palacio de Versalles–, el «jardín inglés» respondía a una concepción irregular de «naturalidad», como símbolo de libertad, en contraposición al absolutismo monárquico galo. En todo caso, no debemos soslayar el hecho de que en ambos casos se trata de ordenamientos artificiales, en los que el aspecto decorativo resta ya a la naturaleza sus características originales, para cumplir propósitos eminentemente humanos.

Pero si volvemos los ojos hacia el entorno local, hoy, vemos también cómo podemos tratar el paisaje desde una mirada en la que el conocimiento está presente como base de la conservación, para su equilibrio y sostenibilidad, sin desmedro de las retribuciones estéticas que de él podamos obtener; como, por ejemplo, ocurre en el caso del paisaje cultural cafetero, declarado recientemente patrimonio de la humanidad, tras una ardua y productiva labor política, comunitaria, científica, que redundó en la revaloración de un entorno singular. Podemos, además, prestarle atención como paisaje visual, sonoro, táctil, kinestésico, tanto en la vivencia directa como a partir de las elaboraciones documentales gráficas, audiovisuales, cartográficas o de información digital, virtual, en los correspondientes formatos tecnológicos para su estudio y disfrute.

Por otra parte, en el ámbito global-local, podemos señalar cómo el espacio y su tratamiento mediático se convierte en elemento de identificación de una colectividad que «se da a conocer» a través de la georreferenciación

de su emplazamiento. Es el caso del trabajo realizado por jóvenes de una de las comunas marginadas de Medellín que, al no aparecer datada en medios virtuales –tipo *Google Earth*, por ejemplo–, se dieron a la tarea nada fácil de articular todo un trabajo comunitario, técnico, logístico, con el fin de realizar la producción de aquello que les había sido negado por vía de lo que podríamos llamar exclusión tecnológica. Acción de conjura para no quedar literalmente «borrados del mapa», con lo que esto significa hoy día, en términos de reconocimiento global, político, personal, subjetivo.

Pa(i)saje iv: Lenguaje

*El arte es un campo autónomo y, como ámbito simbólico que es,
tiene la capacidad de representar antes de que exista
en su forma definitiva, aquello que podría ser o está en trance de ser.*

M. CABOT

Desde otra ventana, como correlato de esta visión de la naturaleza en el espacio y el tiempo, podemos aproximarnos a lo que en relación con ella ofrece el hacer del lenguaje, en este caso del lenguaje artístico. Tomaremos como referencia la plástica, pues no siempre tuvo en ella la importancia que hoy se le concede. A propósito de ello, el papel que jugaba la naturaleza en la obra pictórica en la antigüedad era el de elemento decorativo, fruto de la asunción de una mirada que no detiene su atención en el entorno más que como elemento de fondo, de acompañamiento o de marco para los temas centrales, ya de orden épico, mítico o religioso, por ejemplo.

Su uso estaba supeditado a las concepciones formales sobre la belleza, ligadas a un ejercicio de representación mimética de la armonía del cosmos. Uso que seguirá teniendo en los siglos sucesivos. Sólo a partir del siglo xvii se destaca la representación del paisaje en sí como aspecto protagónico de la obra artística, dando paso a una mirada no ya desde un espacio geométrico, correspondiente a una perspectiva levantada con la precisión matemática de los elementos dados por el pensamiento cartesiano y los instrumentos labrados desde el renacimiento, como la caja óptica, por ejemplo.

Una preocupación ya no por el espacio «en abstracto» sino más bien por las directrices dadas por la comprensión e intensidad de la vivencia del espacio, permite dar un salto cualitativo en la composición a través de la luz y de las variaciones de la misma con el tiempo del día; de la cualidad del color y de las superficies; de la disolución de la perspectiva aérea, entre otras, para adentrarse en el mundo sensible de un cuerpo –el del artista– que percibe el entorno de modo distinto a como puede ser captado con la precisión de una máquina –fotográfica, por ejemplo–.

El género de paisaje alcanza su plenitud y empieza a partir de entonces a desarrollarse hasta adquirir la importancia de que goza en el panorama del arte contemporáneo, en el que plástica y paisaje se mezclan en tratamientos no sólo pictóricos sino escultóricos –piénsese en el *land-art*, por ejemplo–, con claras muestras en las obras de R. Smithson, como su conocida intervención *Spiral Jetty* en el gran Lago Salado, en Utah (1970); o de carácter simbólico y político como la intervención escultórica realizada en Johannesburgo (2012), en conmemoración del 50 aniversario de la captura de Nelson Mandela, por M. Cianfanelli, quien sostiene:

Esto representa el impulso logrado en la lucha a través de lo simbólico de la captura de Mandela. Las 50 columnas representan los 50 años transcurridos desde su captura, pero también sugieren la idea de muchos haciendo el todo, de solidaridad. Apunta a una ironía, que el acto político del encarcelamiento de Mandela cimentó su estatus como icono de la lucha, lo que ayudó a fermentar la oleada de resistencia, solidaridad y levantamiento, para lograr el cambio político y la democracia (Gómez, 2012).

Para terminar, diremos que cuerpo, tiempo y espacio, conforman una tríada sobre la que se estructura la noción de paisaje; pero si, en principio, nos atenemos a la noción de paisaje venida del arte, de la plástica, acordaremos que el paisaje es composición, (con)figuración elaborada mediante elementos lingüísticos con los que acuñamos una representación –visual, sonora, gráfica, etcétera–. Pero ella no es más que un modo de adaptar o adoptar, mediante una operación de «traducción», diríamos, algunos aspectos que lo real provee desde su naturaleza física –natural o artificial–, con sus características particulares.

Más es bien conocida la expresión italiana que sirve de colofón a este ejercicio: *Traduttore, traditore*, por lo que se entiende que cualquier tipo de re-producción, de re-presentación es ya invención, equívoco, dislocación aventurada que permite la instalación de lo novedoso: la instalación de la ficción operada por el lenguaje, en diálogo continuo con lo real para poder apre(he)nderlo.

Referencias

Barthes, R. (2003). *Ensayos Críticos*. Buenos Aires: Seix Barral.

Gómez, J. D. (11 de Oct. de 2012). <http://www.furiamag.com/espectacular-monumento-a-nelson-mandela-por-marco-cianfanelli/>. Recuperado de: Furiamag-Magazine.

González A., F. (2012). Los paisajes de Castilla en Ortega y Gasset. Revista *Cálamo* FASPE, N° 59, p. 72.

Pamplona, A. N. (Junio de 2015). <http://www.arquipamplona.org/laudato-si/>. Recuperado de: <http://www.arquipamplona.org/laudato-si/>.

Ruíz G., M. E. (2005). La naturaleza como génesis de la pintura de paisaje. Recuperado de: <http://www.cesfelipesecondo.com/revista/articulos2005b/humanidades2.pdf>.